

PREGÓN 2024
SEMANA SANTA – HUESCA



Iglesia de Santo Domingo y San Martín

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE HUESCA - 2024

Saludo y presentación

¡Buenas tardes, amigas y amigos oscenses! Es **un honor** compartir con vosotros este acto tan entrañable y significativo: el pregón de la Semana Santa de la ciudad. Gracias, Archicofradía de la **Vera Cruz**, por la invitación.

Saludamos con cariño a **don Vicente Jiménez**, hermano mayor en el episcopado y Administrador apostólico de esta querida diócesis de Huesca, a la que debo y amo tanto, y a las **cofradías** aquí presentes: nuestro Señor atado a la Columna, el Prendimiento, el Cristo del perdón, san José y santa Ana, el santo Cristo de los Gitanos, el Santo Cáliz, la Preciosísima Sangre, Santiago, nuestro Padre Jesús Nazareno, la Dolorosa, el Cristo de la Esperanza, el Santo Cristo de los Milagros y San Lorenzo Mártir, el Descendimiento y las lágrimas de nuestra Señora. Gracias, hermanas y hermanos cofrades, por acoger y enriquecer las costumbres y tradiciones que habéis heredado de vuestros padres y que estáis transmitiendo a vuestros hijos.

Saludamos igualmente a las **autoridades** que habitualmente tenéis la deferencia de acompañar a la ciudadanía, también en sus celebraciones religiosas.

Aunque no sea habitual, permitidnos comenzar este pregón con un **cuento**:

Hace muchos siglos una mujer, muy sabia, descubrió el arte de hacer fuego y no quiso guardarse para ella tan preciado secreto. Se fue a visitar a las diversas tribus para iniciarlas en este arte. La gente quedaba encantada y ella los animaba a reunirse en torno al fuego. Todas las tribus buscaron un lugar adecuado para la reunión y pusieron unas piedras para señalar el lugar de la hoguera.

Al cabo de un tiempo, la mujer sabia visitó de nuevo todas las tribus a las que había iniciado. Comprobó con alegría que algunas seguían reuniéndose junto al fuego. Estaban felices en torno a la lumbre. Sin embargo, otras tribus seguían reuniéndose en el lugar donde ella les enseñó a hacer fuego, pero allí sólo había piedras. Se habían acostumbrado a reunirse en ese lugar, pero ya no había hoguera, hacía frío, cumplían rutinariamente la costumbre de acudir a aquel lugar, pero cualquier excusa les venía bien para no acudir, muchos llegaban tarde o se iban enseguida. No se las veía felices.

La mujer no se desanimó y, aun con algo de pena, les fue recordando la importancia del fuego, de ese fuego que un día calentaba sus cuerpos y sus corazones, congregaba a las personas y a las familias y las invitaba a soñar y a trabajar juntas.

En esta tarde, Patricia y un servidor queremos ser como la mujer del cuento. Hemos venido a **recordar y avivar el fuego** que da sentido a nuestras celebraciones y procesiones de Semana

Santa, y a todas las actividades de las parroquias. Ese fuego se llama Jesús de Nazaret. Sin Él, nuestras celebraciones se convierten en ritos vacíos, las procesiones sólo son desfiles pomposos; la catequesis, propaganda sin alma, y nuestras Cáritas, ONGs sin corazón.

Queridos cofrades, sacerdotes, religiosos y cristianos laicos de Huesca, **preguntémonos**: ¿se percibe el fuego de Jesucristo en nuestras celebraciones, procesiones, catequesis y acción social; en nuestras familias, parroquias, comunidades y cofradías?, ¿cuánto hay de rutina fría y cuánto de fuego ardiente? Preguntémonos también si Jesús, fuego de amor, da sentido y esperanza a nuestra vida personal, en los mejores y peores momentos? Ojalá podamos responder con José Luis Martín Descalzo:

En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en Ti. Y digo:
que tengo todo, cuando estoy contigo,
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida.

Contigo el sol es luz enamorada
y contigo la paz es paz florida.
Contigo el bien es casa reposada
y contigo la vida es sangre ardida.

Sin Ti, el sol es luz descolorida.
Sin Ti, la paz es un cruel castigo.
Sin Ti, no hay bien ni corazón amigo.
Sin Ti, la vida es muerte repetida.

Pues si me faltas Tú, no tengo nada:
ni sol, ni luz, ni paz, ni bien, ni vida.

¿Quién es Jesús?

Nació en nuestra carne en Belén de Judá, vivió casi toda su vida como un humilde trabajador en un pueblo de mala fama, Nazaret, y dedicó sus últimos años a predicar. **No solo fue un maestro famoso** o un *influencer* de la época. Es Dios con nosotros. Dios, que ha salido a nuestro paso por el camino de la vida y ha enjugado nuestras lágrimas, que ha acogido a pecadores y prostitutas, ha visitado a los enfermos, ha tocado y curado a los leprosos, ha comido con los recaudadores, proscritos por todos, y nos ha asegurado que Dios nos ama con locura en esta tierra y por toda la eternidad.

Las gentes del pueblo dijeron que todo lo hizo bien, que nadie les había hablado como él. Todavía hoy, pensadores que se declaran ateos, como Jacob Burckhardt y Timoty Garton Ash, lo consideran «**la figura más bella** de la historia del mundo» y «una fuente de inspiración constante y maravillosa».

Entonces, ¿**cómo pudo resultar tan molesto** un hombre así? Teniendo en cuenta el juego de fuerzas de los diferentes grupos sociales y las corrientes políticas de su tiempo, podemos llegar a la conclusión de que se trató de eliminar a un líder popular incómodo, sobre todo para los dirigentes religiosos de aquella sociedad.

¿Cómo podía acabar bien Jesús, si se atrevió a **poner el dedo en la llaga** y a criticar las tropelías de los más poderosos? «*En la cátedra de Moisés –denunciaba– se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen*» (Mt 23, 2-3).

¿Cómo iba a acabar bien un líder que animaba, curaba y daba de comer a multitudes, pero a la vez las **cuestionaba**, no les decía lo que querían escuchar, como hacen los populistas; les pedía que compartieran, que fueran buenos samaritanos de sus prójimos, que cambiaran su modo de pensar y de vivir.

¿Cómo podía acabar bien alguien dispuesto a hacer de la humanidad una gran **hermandad universal**, abierta a todas las personas, una gran cofradía, en la que todos tenemos la misma dignidad? Decía Jesús: «*No os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo*» (Mt 23, 8-10). Somos hermanas y hermanos, ni más ni menos. *Fratelli tutti*, nos repite el papa Francisco. Y decir esto es mucho más subversivo y peligroso de lo que parece.

Muchos, especialmente los más poderosos y los que se creían perfectos, se opusieron a este proyecto de fraternidad universal. Era demasiado para sus estrechas “tragaderas” y sus ocultos intereses y pensaron que **era preferible eliminarlo**. Quizá nos extrañe un desenlace tan cruel; pero, si lo pensamos un poco, no encontraremos un final más coherente con su modo de vivir. Jesús era demasiado bueno y, por ello, demasiado molesto, como lo habían sido los profetas del Antiguo Testamento. Jesús era “el Profeta” con mayúscula.

Domingo de Ramos

Así es Jesús, el hombre que entra en Jerusalén montado en una burreta. Estamos en las vísperas del Domingo de Ramos.

Ya se huele a **palmas** y a laurel, a ramas de olivo recién cortadas. Con ellas aclamaremos a Jesús diciendo: «*¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*» (Mt 21,9). Y nos volveremos niños hebreos, para acompañar a Jesús hasta Jerusalén, como canta la liturgia del Domingo de Ramos:

Como Jerusalén con su traje festivo,
vestida de palmeras, coronada de olivos,
viene la cristiandad en son de romería
a inaugurar tu Pascua con himnos de alegría.

La gente estaba emocionada, pero **la tensión se palpaba** y el cerco se estrechaba. A Él le latía más deprisa el corazón. A pesar de los gritos de triunfo, presentía que pocos días después sería elevado en una cruz.

Estamos en el Domingo de Ramos. Jesús tenía que despedirse de su madre, de sus apóstoles, sin olvidar a Judas, que ya andaba negociando cuántas monedas le darían si lo entregaba. Quería despedirse también de las mujeres valientes que lo habían acompañado y de sus amigos de Betania: María, Marta y Lázaro. Todo lo fue haciendo con una tensión contenida y los días pasaron aprisa, hasta que llegó el Jueves Santo.

Jueves Santo

En aquella tarde, predominaron los gestos, con unas pocas palabras; pocas, pero muy hondas. El apóstol y evangelista Juan levantó acta de lo que sucedía: “Jesús se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a **lavarles los pies** a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido”.

Impresionante. Se podía cortar el silencio mientras Jesús lava con delicadeza los pies de los discípulos. Ellos recordaban lo que Él había dicho tantas veces: “el que entre vosotros sea el primero, se haga el servidor de todos y el esclavo de todos”. Jesús cumplía lo que había enseñado. Era el Maestro y el Señor, pero no había venido a ser servido, sino a servir. Lavar los pies era un trabajo de esclavos. Por eso, San Pablo comenta: “Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo”.

Dejemos que Jesús sea nuestro servidor. Pidámosle con confianza: “lava nuestros pies sucios y nuestras almas manchadas”. Y siguiendo su ejemplo y con la fuerza que Él nos da, quitémonos el manto del orgullo y tomemos la toalla del servicio.

Después, Jesús toma un pan, lo parte y lo da a sus discípulos diciéndoles: “**Tomad y comed** todos de él. Porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros”. A continuación, coge una copa con vino, se la da también y les dice: “Tomad y bebed todos de él. Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres, para el perdón de los pecados”. Los discípulos –otra vez– lo miran atónitos. No podían comprender. Poco a poco intuirán la locura de amor de este Dios que se encierra en un pedacito de pan, para alimentarnos con su amor gratuito, incondicional, hasta el extremo.

Luego hubo silencio. El Maestro no miraba a los suyos y ellos casi no se atrevían a mirarle, ni a mirarse los unos a los otros. Aunque tienen miedo por lo que pueda ocurrir, al mismo tiempo son felices, porque se sienten muy unidos a Jesús. Levantan ahora sus ojos y, en la sala mal iluminada por lámparas que ya se extinguen, **contemplan los ojos de Jesús**. Y en esos ojos solo ven amor.

En el cenáculo, nos unimos al asombro de los discípulos. Con ellos, descubrimos en Jesús a **un Dios bien distinto** a los dioses malhumorados y justicieros que la humanidad ha

inventado, a un Dios empeñado en ser nuestro servidor y nuestro alimento. Un Dios que nos mueve, desde lo más profundo, a amar juntos; como los granos que han hecho un mismo pan, como las uvas que se mezclan y se pisan para producir buen vino. Caminar juntos, servir juntos, amar juntos, decidir juntos, celebrar juntos. Juntos, siempre juntos, aunque seamos tan diversos. Eso es **sinodalidad**.

Serían las once de la noche cuando Jesús con los suyos abandonó el cenáculo. Y, al cabo de media hora de camino, llegaron a Getsemaní, al Huerto de los Olivos. Allí Jesús buscó la compañía de sus amigos más cercanos: Pedro, Santiago y Juan. Luego, «*se arrancó de ellos*» (Mc 14,39), como se arranca la rama de un árbol, con esfuerzo y dolor, y **se puso a rezar**. Los evangelistas señalan que le invadió la tristeza, sintió un gran abatimiento, que fue creciendo progresivamente, buscó consuelo en sus amigos y se habían dormido. ¡Qué soledad la de Cristo! Sus amigos duermen, mientras Judas, sólo Judas, está en vela.

Jesús reza con fuerza: «*Padre mío, si no es posible que pase este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad*» (Mt 26, 42). Martín Descalzo, de quien he tomado tantas ideas para este pregón, comenta: «*sus labios temblaban, pero no los apartaría de este cáliz*». Jesús habría podido escapar por el desierto y evitar tantos sufrimientos, pero se mantuvo **fiel a Dios Padre**, que lo había enviado a la humanidad, para mostrarnos su amor, un amor total, que no se echa atrás cuando llegan las dificultades, el sufrimiento y hasta la misma muerte; el único amor que puede salvarnos de la soledad, el miedo y la desesperanza, que tantas veces nos acechan y zarandean. Contemplando a Cristo descubrimos que la lógica de la Semana Santa no es la del sufrimiento por el sufrimiento, sino la del amor que se entrega, aunque duela.

Esta lucha suprema de Jesús ilumina nuestras luchas diarias, cuando **discernimos** qué camino tomar: ¿la honradez o la corrupción?, ¿la verdad o la mentira?, ¿el bien común o los intereses personales?, ¿la solidaridad o la indiferencia?, ¿el amor o la propaganda?, ¿la fidelidad o el capricho?, ¿el Reino de Dios o mi reino?

Viernes Santo

Era de noche cuando Judas lo vendió con un beso. Los discípulos huyeron. Poco después, Pedro negó por tres veces que lo conocía. Las autoridades religiosas, **Anás y Caifás**, lo despreciaron, mientras buscaban una acusación sólida para llevarlo ante el gobernador romano; le hicieron pasar varias horas en un pozo que servía de cárcel. Y el preso... era Dios.

Al amanecer, llevaron a Jesús ante **Poncio Pilato**. Pronto se dio cuenta de que no había causa, que lo habían entregado por envidia y malquerencia. Quiso librarlo, pero fue cobarde. Los buenos cuando son cobardes acaban siendo injustos. Para congraciarse con sus acusadores, mandó atarlo a la columna y lo sometió al cruel castigo de los azotes y lo mostró a la gente hecho una piltrafa: «*Ecce homo*» (Jn 19,5), he aquí al hombre. Jesús no parecía el

mismo. Y aquel guiñapo, aquel gusano herido... más allá de su despreciable apariencia, era Dios, era la imagen acabada de un ser humano coherente, cabal, verdadero.

«**Ecce homo**». «*En Él se manifiesta –dice Benedicto XVI– la miseria de todos los golpeados y abatidos. En su miseria se refleja la inhumanidad del poder humano, que aplasta de esta manera al impotente. En Él se refleja lo que llamamos “pecado”*».

La gente gritó: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!» La gente, ¡tan buena y, a la vez, tan manipulable! Todavía Pilato intentó una componenda: «¿Queréis que os suelte a Jesús o a Barrabás?». «¡A éste, no; a éste, no! ¡A Barrabás!» Finalmente, lo entregó para que lo crucificaran (cf. Mc 15, 1-15). Pilato no quiso poner en peligro su “status” y decidió condenarlo a morir en la cruz, como pedían sus enemigos. Y el **condenado a morir** en cruz... era Dios.

Cuando nos falla la amistad, el amor, la justicia, la paz, el trabajo, la salud... nos llega la cruz. Cuando fallamos a la amistad, al amor, a la justicia, a la verdad..., condenamos a otras personas a la cruz de la soledad, de la pobreza, de la guerra... El Viernes Santo continúa hoy.

Jesús **tomó el madero y aguantó** hasta el Calvario, porque uno de Cirene le ayudó a llevar la cruz, porque la Verónica le limpió la sangre del rostro y los salivazos que había recibido; porque la humanidad de las mujeres, que no se burlan y se compadecen, le consoló; Jesús llegó hasta el Calvario, porque su Madre, la Virgen María, María Magdalena y el discípulo Juan le acompañaron. Llegó porque, aun en medio de la cruz, Dios no abandona al que sufre.

Y nosotros **llegamos hasta el final** por tanta gente buena que Dios siembra a nuestro lado, por tanto amor limpio que nos levanta cuando caemos, por tantos hombros que se arriman y comparten nuestras penas.

También **nuestra sociedad sigue adelante**, aunque sea “a trancas y barrancas”, gracias al amor de muchas personas generosas, de todos los credos e ideologías, que comparten tiempo, bienes y cariño; gracias al trabajo de Cáritas y Manos Unidas, de tantas organizaciones y cofradías, que fieles a sus orígenes, han comprendido que no podemos ser verdaderos cristianos si sólo nos preocupamos de dar esplendor a nuestro paso y a nuestra procesión, si no vemos y servimos a Jesús en cada persona que nos pueda necesitar.

A eso de la media tarde, Jesús dando un grito dijo: «*Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*» (Lc 23,46). E inclinando la cabeza **murió**. Nos quedamos cortos al valorar lo que ocurrió en ese momento. Dios, en su infinita locura de amor, nos atrajo hacia Él.

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Sábado Santo

Después del descendimiento y la sepultura, llego el Sábado Santo. Un día para acercarnos al dolor y a la esperanza de María. Compartamos el dolor y la ternura de la **Madre Dolorosa**; Santa María de la Piedad, que acoge a su Hijo sobre sus rodillas, y que no tiene manos bastantes ni fuerzas suficientes para sostenerlo, porque está muerto.

Pero su dolor no le hizo dudar. Era una mujer acostumbrada a creer lo increíble. Hacía treinta y tres años, un ángel le había dicho: «*para Dios no hay nada imposible*» (Lc 1,37). La Virgen de los Dolores es también la **Virgen de la Esperanza**. Estaba segura: ¡Jesús resucitará! Esto no termina aquí. ¡Resucitará!

Domingo de resurrección

El amanecer del domingo nos trajo la respuesta. **María Magdalena** volvió al sepulcro de Jesús cuando todavía estaba oscuro. La Magdalena está rota por el dolor. Amaba a Jesús con todo su corazón. Había sido librada por el Maestro de siete demonios y desde aquel momento la gratitud no le cabía en el cuerpo. Por amor, María Magdalena había permanecido junto al Señor, cuando casi todos los suyos habían huido (cf. Jn 19,25). María Magdalena no se separa ni siquiera del cuerpo muerto de Jesús. Cuando José de Arimatea lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro, la Magdalena estaba allí.

El amor la llevó de nuevo al sepulcro, el domingo muy de mañana. Esperaba hallar un cuerpo muerto para embalsamar, pero encontró un sepulcro abierto y escuchó una voz amiga. «*Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?*». Ella, pensando que le hablaba el hortelano, contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús tiene que pronunciar su nombre, para rescatarla de las profundidades de su tristeza: «**¡María!**». Al escuchar su nombre, la Magdalena ya no tiene dudas. Es Jesús. Nadie había pronunciado su nombre con tanto respeto, con tanto amor. Se vuelve y le dice: «**¡Maestro!**» Y en aquel momento, cambió el luto por la danza y su corazón se sintió definitivamente liberado del último demonio: el de la desesperanza (cf. Jn 20, 11-18).

Jesús confía primero en una mujer para anunciar su resurrección. Tomemos buena nota. María Magdalena cumple enseguida el encargo del Señor. Fue a comunicar la noticia: ¡Cristo resucitó!, a los que habían vivido con él, que estaban tristes y llenos de miedo. ***Apostolorum Apostola***, dice Santo Tomás. La apóstol de los apóstoles.

Gracias a la Magdalena y a tantos testigos que han experimentado la presencia palpitante del Resucitado en sus vidas, «*creemos que el amor poderoso del Padre resucitó a Jesús de entre los muertos. Que la muerte no puede llevarse vida alguna que viva más allá de su propio egoísmo; que el amor de Jesús pasó por el estrecho y triste pasillo de la muerte al mirador sin fin de la vida total*» (Víctor Manuel Arbeloa). Creemos que todo el bien que sembramos en la familia, en la Iglesia y en el mundo, aunque a veces parece perderse, germinará, crecerá y dará fruto. Creemos que la muerte es sólo una víspera de la vida definitiva junto a Dios y a tantas personas que Él anudó a nuestro querer.

En medio de la noche brilló una luz nueva, que se hizo hoguera e incendio, que fue antorcha que prendió en nuestros bautismos. En la **Vigilia del Sábado Santo**, que amanece en el Domingo de Pascua, renovaremos nuestros compromisos bautismales. Y seguiremos caminando como resucitados, como Él y con Él.

Conclusión

Queridos cofrades, amigas y amigos oscenses, este es Jesucristo, encarnado en nuestro mundo para enseñarnos a vivir, muerto en la cruz para mostrarnos qué es amar, resucitado para levantar nuestra esperanza. ¡Avivemos el fuego de Jesucristo en nuestras celebraciones y procesiones, en nuestro quehacer cotidiano, en nuestra vida!

El fuego de Jesucristo, siempre abierto al Padre y a todas las personas, nos ayudará a superar el **individualismo**, que llenamos con tantos entretenimientos que terminan aburriéndonos; para promover una vida más abierta y una comunicación más honda con quienes viven en nuestra propia casa, en nuestra comunidad cristiana, en nuestro mismo pueblo o barrio.

El fuego de Jesucristo, modelo acabado de compasión, nos quemará la **indiferencia**, que no nos permite ver el sufrimiento de quienes están a nuestro lado o vienen de lejos. Así podremos disfrutar la alegría de la solidaridad, el gozo de aportar y recibir.

El fuego de Jesucristo, que supo ver la bondad de cada persona, desvelará nuestros **sectarismos**, que encuentran su espejo y altavoz en las redes sociales, donde tantas personas difunden noticias falsas con absoluta ligereza, casi siempre para atacar a “los otros” y defender a “los propios”. Así podremos entrar por el camino de la reflexión, la autocrítica y el discernimiento.

El fuego de Jesucristo, fiel anunciador de la verdad y la Verdad en persona, puede curarnos de la epidemia de **relativismo** y **mentira** que afecta la vida política, social y también eclesial; para volver a apasionarnos por la verdad: por la verdad de nosotros mismos, por la verdad de lo que sucede en el mundo, con sus luces y sombras; por esas verdades a las que nos cuesta asomarnos: la verdad de la guerra en Burkina Faso, en Ucrania, en Nicaragua, en

Gaza y en muchos otros lugares, la verdad de la injusticia, de la violencia contra la mujer, del aborto, de la trata de seres humanos, de la soledad y la enfermedad, del cambio climático; por esa verdad que está allí, más allá del cristal con la que la miremos, y nos afecta, la queramos ver o no; por esa verdad que –lejos de imponerla– hemos de buscarla juntos incansablemente.

El fuego de Jesucristo, que no se reservó nada y se entregó del todo, puede consumir nuestras vidas recortadas por el **egoísmo** y nuestra solidaridad de pacotilla, reducida tantas veces a unas horas a la semana o a unas monedas. El fuego de Jesucristo puede iluminarnos la senda del amor auténtico, que busca no tanto la propia autorrealización cuanto el bien de las personas amadas, y el camino de la solidaridad más profunda y radical: la de servir hasta dar la vida, en cada momento, cada día, todos los días.

El fuego de Jesucristo, el hombre que vivió como nadie la alegría de las bienaventuranzas, puede, en fin, ahuyentar los fantasmas de la desesperanza y el **sin sentido** de tantos hombres y mujeres, mayores, jóvenes y niños que, afectados por el ambiente de desánimo en el que vivimos inmersos, no encuentran motivos para vivir. Ojalá sepamos animarles, con nuestra vida, a reconocer, disfrutar y agradecer las bendiciones que han recibido, lo mucho que pueden aportar, lo mucho que pueden esperar del futuro y de Dios.

Queridos cofrades, amigas y amigos oscenses, para **avivar el fuego** de Jesucristo hemos de pararnos, hacer silencio, entrar en nuestros adentros y movilizar esas fuerzas interiores – inmensas– que a veces ni siquiera llegamos a intuir. Ojalá sepamos, en medio del trajín de estos días, **pararnos, hacer silencio**, contemplar la imagen de nuestro paso procesional o de nuestra devoción personal y, sosegadamente, mirar a los ojos de Jesús o de la Madre. Esta experiencia espiritual, personalísima, no nos encierra en nuestro castillo interior, sino que nos impulsa a salir a las calles y a las periferias, al encuentro con todas las personas que pueden necesitarnos y enriquecernos. Esta experiencia espiritual, personalísima, es imprescindible para que las celebraciones y procesiones de estos días aviven el fuego de Jesucristo en nuestro corazón y transmitan amor y esperanza a nuestra sociedad.

Terminamos ya. Permitidme que dedique este pregón a **Luis García Torrecilla**, el párroco que me enseñó a encajar las primeras alegrías y dificultades del sacerdocio y del que fui aprendiendo muchas de las intuiciones que esta tarde he pretendido transmitir. Finalmente un ruego: os pediría con toda confianza que, en vez de concluir este pregón con un aplauso, terminemos con un **momento breve de silencio y oración**, para que cada uno pueda contarle a Dios lo que ha sentido en estos minutos. Muchas gracias.

A.M.D.G.